





ASSASSIN'S
CREED®
BLACK FLAG





Oliver Bowden

ASSASSIN'S
CREED®
BLACK FLAG

Traducción del inglés de Noemí Risco

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Bowden, Oliver

Assassin's Creed : Black Flag / Oliver Bowden. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2016.

392 p. : 23 x 15 cm.

Traducción de: Noemí Risco.

ISBN 978-950-02-9903-9

1. Literatura Juvenil Inglesa. I. Risco, Noemí, trad. II. Título.

CDD 823.9283

Assassin's Creed. Black Flag

Título original: *Assassin's Creed. Black Flag*

Edición original: Penguin Group Ltd., London, 2013

© Oliver Bowden, 2013

© Ubisoft Entertainment, 2013

© De la traducción: Noemí Risco, 2015

© La Esfera de los Libros, S. L., 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: febrero de 2015

1ª edición en Argentina: mayo de 2016

ISBN 978-950-02-9903-9

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en mayo de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

PRIMERA PARTE





1719 (*más o menos*)

Una vez le corté la nariz a un hombre.

No recuerdo cuándo fue: en 1719 más o menos. Ni dónde. Pero sucedió durante el asalto a un bergantín español. Queríamos sus provisiones, por supuesto. Me enorgullezco de mantener la *Grajilla* bien abastecida, pero había algo más a bordo. Algo que no teníamos pero necesitábamos. Alguien, para ser exacto. El cocinero del barco.

El cocinero de nuestro barco y su ayudante estaban muertos. Habían pillado al ayudante del cocinero meando en el lastre, lo que yo no permitía, por lo que fue castigado a la manera tradicional: se le obligó a beber una jarra llena de meados de la tripulación. Debo admitir que nunca me había encontrado a un hombre que hubiera muerto por el castigo de las meadas, pero eso fue lo que le ocurrió al ayudante del cocinero. Se bebió la jarra de meados, se fue a dormir aquella noche y nunca más se levantó. El cocinero se las apañó solo durante un tiempo, pero bien le gustaba un trago de ron; y después del trago de ron era propenso a tomar el aire nocturno en la toldilla. Le oía pisar fuerte por el techo de mi camarote, bailando una giga. Hasta que

una noche le oí pasar por el techo de mi camarote y bailar una giga, pero a continuación hubo un grito y un chapoteo.

Sonó la campana y la tripulación corrió a la cubierta, donde tiramos el ancla y encendimos faroles y antorchas, pero no había ni rastro del cocinero.

Tenían a unos muchachos trabajando con ellos, desde luego, pero no eran más que unos críos; ninguno poseía ningún talento culinario aparte de remover la olla o pelar patatas, y llevábamos viviendo de comida cruda desde entonces. No había ningún hombre entre nosotros que supiera hacer algo más que poner agua a hervir.

Hacia poco habíamos tomado un buque de guerra. Un viajecito buenísimo en el que nos hicimos con el último modelo de cañones para la batería de un costado y una bodega llena de artillería: alfanjes, picas, mosquetes, pistolas, pólvora y proyectiles. Gracias a uno de los capturados de su tripulación, que luego pasó a formar parte de mi tripulación, me enteré de que los señores tenían un barco con una reserva excepcional en el que servía un cocinero especialmente hábil. Se decía que había cocinado para la corte, pero ofendió a la reina y fue desterrado. No creí ni una palabra de aquel rumor, pero no por ello dejé de repetirlo y le dije a mi tripulación que le tendríamos preparando nuestra comida antes de que terminara la semana. En efecto, nos encargamos de perseguir a aquel particular bergantín y, cuando lo encontramos, no perdimos tiempo en atacarlo.

Nuestra nueva batería de costado resultó muy útil. Nos acercamos y acribillamos la embarcación a cañonazos hasta hacerla pedazos, destrozamos las velas y el timón quedó astillado en el agua.

Ya estaba escorando cuando mi tripulación amarró y subió a bordo. Corrían a toda prisa, como ratas, por los laterales, con el ambiente cargado por el hedor a pólvora, el sonido de los mosquetes disparando y los alfanjes ya repiqueteando. Yo me hallaba entre ellos como siempre, con un alfanje en una mano y la hoja oculta fuera; el alfanje para la melé y la hoja para terminar

a corta distancia. Dos de ellos se abalanzaron sobre mí y despaché al primero llevando el alfanje a la parte superior de su cabeza para cortarle el tricornio por la mitad al tiempo que la hoja partía su cabeza casi en dos. Cayó de rodillas con mi espada entre los ojos, pero el problema era que la había clavado demasiado y, cuando fui a sacarla, arrastré el cuerpo que todavía se retorció. Entonces se me echó encima el segundo hombre, con terror en la mirada; sin duda, no estaba acostumbrado a luchar y, con un movimiento rápido de la hoja, le amputé la nariz, consiguiendo el efecto deseado de hacerle retroceder, salpicando sangre que salía del agujero donde había estado su nariz, mientras yo usaba ambas manos para por fin sacar mi alfanje del cráneo de mi primer atacante y continuar la batalla. Terminó pronto, matamos lo mínimo posible, puesto que yo había dado la orden especial de no hacer daño al cocinero bajo ningún concepto. Había dicho que, pasara lo que pasase, teníamos que llevarnos al cocinero vivo.

Y mientras su bergantín desaparecía bajo el agua y nosotros nos alejábamos, dejando atrás la niebla por el humo de la pólvora, un casco astillado y trozos del barco destrozado que se mecían en el mar, reunimos a su tripulación en la cubierta principal para hacer salir al cocinero; apenas había un hombre entre nosotros sin salivar, sin que sus tripas no rugieran. Sabíamos detectar el aspecto de alguien bien alimentado. Por supuesto.

Fue Caroline la que me enseñó a apreciar la buena comida. Caroline, mi único amor verdadero. En el tiempo demasiado breve que pasamos juntos, refinó mi paladar y me gustaría pensar que habría aprobado mi política respecto a la comida y cómo le pasé a mi tripulación ese amor por las cosas buenas; una tripulación que sabía como yo, en parte debido a lo que ella me había enseñado, que un hombre feliz es un hombre menos propenso a cuestionar la autoridad del barco, razón por la que durante todos estos años en el mar nunca he llegado a oler un motín. Ni uno.

—Aquí estoy —dijo, dando un paso al frente, aunque sonó más bien «caqui soy», al llevar la cara vendada porque algún idiota le había cortado la nariz.

1711

Pero, bueno, ¿por dónde iba? Caroline. Querías saber cómo la conocí.

Bien, tiene su historia, como dicen. Tiene su historia. Puesto que tengo que remontarme al pasado, a una época en la que yo era un simple criador de ovejas, antes de saber nada de Asesinos, de Templarios, de Barbanegra, de Benjamin Hornigold, de Nasáu o del Observatorio; y no habría sabido nada de todo eso si no hubiera sido por un encuentro casual en la Auld Shillelagh, en un día caluroso de verano de 1711.

El asunto es que yo era uno de aquellos alborotadores a los que les gustaba beber, aunque eso me metiera en unos cuantos líos. Bastantes... incidentes, a decir verdad, de los que no estoy demasiado orgulloso. Pero esa es la cruz que tienes que soportar si tienes debilidad por la bebida; es raro encontrar a un borracho con la conciencia tranquila. La mayoría de nosotros habrá considerado dejarlo en una u otra ocasión, para reformarnos y tal vez encomendarnos a Dios o hacer algo con nuestra vida. Pero entonces llega el mediodía y sabes que lo mejor es otro trago, así que vas directo a la taberna.

Las tabernas a las que me refiero estaban en Bristol, en la costa suroeste de la querida vieja Inglaterra, donde estábamos acostumbrados a inviernos extremos y veranos magníficos, y aquel año, aquel año en particular, el año en que la conocí, 1711, como digo, no tenía más que diecisiete años.

Y sí, sí, estaba borracho cuando sucedió. Por aquel entonces, me pasaba borracho la mayor parte del tiempo. Quizá..., bueno, no exageremos, no quiero hablar mal de mí mismo. Pero quizá sí la mitad del tiempo. Tal vez un poco más.

Mi casa estaba en las afueras de un pueblo llamado Hather-ton, a unos once kilómetros de Bristol, donde éramos propietarios de una pequeña granja de ovejas. A mi padre le interesaba el ganado. Siempre le había interesado, así que, al tenerme, se había liberado del aspecto del negocio que más despreciaba, es decir, los viajes a la ciudad con la mercancía, regatear con los comerciantes y vendedores, negociar, llegar a acuerdos. En cuanto alcancé la mayoría de edad, lo que quiere decir en cuanto fui lo suficientemente hombre para mirar a los ojos de nuestros socios del negocio y comerciar como un igual. Bueno, eso era lo que hacía y mi padre estaba encantado de dejarme hacerlo.

Mi padre se llamaba Bernard. Mi madre, Linette. Eran de Swansea pero se trasladaron al suroeste de Inglaterra cuando yo tenía diez años. Todavía tenemos acento galés. Supongo que no nos importaba mucho que nos hiciera diferentes. Era criador de ovejas, no una de las ovejas.

Padre y madre solían decir que tenía un pico de oro, y mi madre en particular opinaba que era un buen mozo y que con mi encanto podía conseguir cualquier cosa que me propusiera; y es cierto, hasta yo me digo a mí mismo que tengo buena mano para las mujeres. Pongámoslo así: tratar con las esposas de los comerciantes era un terreno de caza donde tenía más éxito que al regatear con sus maridos.

El modo en que pasaba el día dependía de la estación. De enero a mayo, era la época del parto de las ovejas, cuando estábamos más ocupados, cuando permanecía en los establos desde el

amanecer, tuviera resaca o no, porque tenía que comprobar si alguna oveja había parido durante la noche. En tal caso, las llevábamos a uno de los establos más pequeños para ponerlas en los rediles, que llamábamos chironas del parto, donde mi padre se encargaba de ellas mientras yo limpiaba los comederos, volvía a llenarlos, y cambiaba el heno y el agua; y mi madre anotaba aplicadamente los detalles de los nuevos nacimientos en un diario. Por aquel entonces, yo no sabía escribir. Ahora sí, por supuesto, Caroline me enseñó, junto con muchas más cosas que me convirtieron en un hombre, pero no entonces, porque ese deber recaía en mi madre, cuyos conocimientos no eran mucho mejores que los míos, pero sí bastaban al menos para llevar un registro.

A mis padres les encantaba trabajar juntos. Más razón aún para que a padre le gustara mandarme a la ciudad. Mi madre y él eran uña y carne. Nunca he visto a dos personas tan enamoradas y que tuvieran menos necesidad de demostrarlo. Se apoyaban el uno al otro. Era bueno para el alma verlo.

En otoño llevábamos los carneros por los prados a pastar con las ovejas, para que pudieran continuar produciendo más corderos para la siguiente primavera. Los campos exigían un mantenimiento y debían construirse y repararse vallas y muros.

En invierno, si el tiempo era muy malo, llevábamos las ovejas a los establos, las manteníamos calientes y a salvo, listas para enero, cuando comenzaba la época de los partos.

Pero era en verano cuando mejor me lo pasaba. La temporada de esquila. Mis padres realizaban la mayor parte del trabajo mientras yo viajaba más a menudo a la ciudad, no con la carne de res, sino con el carro cargado de lana. Y era en verano cuando tenía cada vez más oportunidad de frecuentar las tabernas de la zona. En realidad, podía decirse que era un habitual de estos locales, con mi chaleco abotonado, un calzón corto, medias blancas y un tricornio marrón ligeramente estropeado del que me gustaba pensar que era mi distintivo, porque mi madre decía que me quedaba bien con mi pelo (que siempre necesitaba un corte, pero cuyo color rubio era muy llamativo, si se me permite decirlo).

Fue en las tabernas donde descubrí que mi don de la palabra mejoraba tras unas cuantas cervezas al mediodía. La bebida tiene ese efecto, ¿no? Suelta la lengua, las inhibiciones, la moral... No es que yo fuese precisamente tímido ni retraído cuando estaba sobrio, pero la cerveza me daba esa ventaja. Y al fin y al cabo, el dinero que conseguía de las ventas adicionales como resultado de mi labia gracias a la bebida cubría de sobra los gastos de la cerveza. O al menos eso era lo que me decía para mis adentros por aquel entonces.

Y había algo más, aparte de la ridícula idea de que el Edward borracho era mejor vendedor que el Edward sobrio. Se trataba de mi estado mental.

Porque la verdad era que me creía diferente. No, sabía que era diferente. Había veces en las que me sentaba solo por la noche y sabía que veía el mundo de una manera que nadie más lo veía. Ahora sé lo que es, pero entonces no lo podía expresar con palabras aparte de decir que me sentía diferente.

Y ya fuera por eso o a pesar de eso, había decidido que no quería ser criador de ovejas durante toda mi vida. Lo supe desde el primer día, cuando puse el pie en la granja como un empleado, y no como un niño, y me vi a mí mismo, después miré a mi padre y comprendí que ya no estaba allí para jugar; no tardaría en irme a casa a soñar con un futuro en el que zarpaba a alta mar. No, ese era mi futuro, y pasaría el resto de mi vida criando ovejas, trabajando con mi padre. Me casaría con una chica del pueblo, tendríamos niños y les enseñaríamos a cuidar las ovejas, como habían hecho sus padres, igual que sus abuelos... Vi el resto de mi vida preparada, como las prendas de trabajo que se dejan arregladas sobre la cama, y en vez de invadirme un cálido sentimiento de satisfacción y felicidad, me aterroricé.

Así que la verdad era, y no hay modo de suavizarlo —lo siento, padre, descansa en paz—, que odiaba mi trabajo. Y lo único que puedo decir es que tras unas cuantas cervezas, bueno, lo odiaba menos. ¿Estaba olvidando mis malditos sueños con la bebida? Probablemente. Lo cierto es que no pensaba en eso por

aquel entonces. Lo único que sabía era que en mi hombro, posado como un gato sarnoso, había un profundo resentimiento por cómo estaba acabando mi vida o, peor aún, por cómo había acabado.

Tal vez fuese un poco indiscreto respecto a algunos de mis sentimientos verdaderos. Puede que de vez en cuando le hubiera dado a mis compañeros beodos la impresión de que en la vida me aguardaban cosas mejores. ¿Qué puedo decir? Era joven, arrogante y un bebedor empedernido. Una combinación letal en el mejor de los casos. Y sin duda este no era el mejor de los casos.

—Crees que estás por encima de los que son como nosotros, ¿no?

Oía eso a menudo. O, al menos, variaciones de lo mismo.

Quizás habría sido más diplomático por mi parte responder con una negativa, pero no lo hacía y me metía en unas cuantas peleas. Quizás era para demostrar que era mejor que ellos en todo, incluidas las peleas. Quizá porque a mi manera estaba defendiendo el nombre de mi familia. Puede que fuera un bebedor. Un mujeriego. Arrogante. De poca confianza. Pero no era un cobarde. Oh, no. No me asustaba luchar.

Y fue durante el verano cuando mi temeridad alcanzó su punto álgido; cuando estuve más borracho y monté más escándalo, y sobre todo cuando más resulté ser un incordio. Pero, por otra parte, también había más probabilidades de que ayudase a una joven en apuros.

Ella estaba en Auld Shillelagh, una taberna a medio camino entre Hatherton y Bristol, que yo frecuentaba a menudo y, a veces, en verano, cuando mis padres trabajaban sin descanso en el esquileo y yo viajaba con más regularidad a la ciudad, la visitaba varias veces al día.

Admito que al principio no me fijé mucho en la joven, lo que era raro en mí, porque me enorgullecía de saber la ubicación exacta de cualquier mujer guapa de los alrededores. Además, la Shillelagh no era la clase de sitio donde esperabas encontrarte a una mujer hermosa. Una mujer, sí. Cierta tipo de mujer. Pero se veía que aquella chica no era de esas: era joven, más o menos de mi edad, y llevaba una cofia de lino blanco y un sayo. Me pareció una sirvienta.

Pero no fue su vestimenta lo que atrajo mi atención, sino el volumen de su voz, que contrastaba totalmente con su aspecto. Estaba sentada con tres hombres, todos mayores que ella, que reconocí enseguida: Tom Cobleigh, su hijo Seth y un tal Julian, cuyo apellido no recordaba, pero que trabajaba con ellos. Tres hombres con los que había intercambiado palabras e incluso golpes. De los que me despreciaban porque creían que yo les despreciaba, a los que les gustaba tan poco como ellos a mí. Estaban sentados en unos taburetes, contemplando a la joven con mira-

das lascivas y voraces que revelaban un propósito más oscuro, aunque no dejaran de sonreír mientras aporreaban la mesa y la animaban a que bebiera de un sorbo una jarra de cerveza.

No, no se parecía a ninguna mujer de las que normalmente frecuentaban la taberna, pero por lo visto estaba decidida a actuar como una de ellas. La jarra era casi tan grande como la muchacha, y al limpiarse la boca con la mano y dejarla sobre la mesa, los hombres respondieron con vítores y gritaron para que se tomara otra; sin duda, les alegraba ver cómo se tambaleaba un poco en su taburete. Probablemente no creían en la suerte que habían tenido al encontrar a una cosita tan hermosa como aquella.

Observé mientras dejaban que la chica bebiera todavía más cerveza con el mismo revuelo acompañando su logro y, entonces, cuando la joven hizo lo mismo que antes, al limpiarse la mano con la boca y tambalearse aún más en el taburete, los hombres se miraron entre ellos como diciendo: «El trabajo está hecho».

Tom y Julian se levantaron y empezaron a, según sus palabras, «acompañarla» hasta la puerta porque «Ya has bebido demasiado, preciosa, te llevaremos a casa, ¿vale?».

—A la cama —añadió Seth con una sonrisa de complicidad, creyendo que lo decía para sus adentros aunque le oyera toda la taberna—. Vamos a llevarte a la cama.

Le lancé una mirada al camarero, que bajó los ojos y se sonó la nariz con el delantal. Un cliente sentado en la barra, a mi lado, me dio la espalda. Cabrones. Más me valía haberle pedido ayuda al gato, pensé, y después, con un suspiro, engullí mi cerveza, me bajé del taburete y seguí a los Cobleigh hasta la calle.

Parpadeé al salir de la oscuridad de la taberna a la brillante luz solar. Mi carro estaba allí, tostándose al sol, junto a otro que pensé que pertenecía a los Cobleigh. Al otro lado de la calle, había un corral con una casa al fondo, pero sin rastro del granjero. Estábamos solos en la vía pública: el padre y el hijo Cobleigh, Julian, la chica y yo, claro.

—Vaya, Tom Cobleigh —dije—, las cosas que se ven de buena tarde. Cosas como a ti y a tus amigos emborrachándoos y emborrachando aún más a una pobre joven indefensa.

La chica se inclinó cuando Tom Cobleigh le soltó el brazo y se dio la vuelta para dirigirse a mí con el dedo ya levantado.

—No te metas en esto, Edward Kenway, zoquete. Estás tan bebido y eres tan libertino como yo; no necesito sermones de los de tu calaña.

Seth y Julian también se habían dado la vuelta. La chica tenía los ojos vidriosos, como si su mente se hubiera ido a dormir aunque su cuerpo siguiese despierto.

—Bueno. —Sonreí—. Puede que sea un libertino, Tom Cobleigh, pero no me hace falta echar cerveza por el gaznate de las muchachas para llevármelas a la cama, y desde luego no necesito que dos amigos me ayuden en dicha tarea.

Tom Cobleigh se enrojeció.

—Menudo cabrón descarado estás hecho. La voy a subir a mi carro y la voy a llevar a casa.

—No me cabe la menor duda de que pretendes subirla a tu carro y acompañarla a casa. Lo que me preocupa es lo que tienes planeado hacer entre subirla al carro y llevarla hasta allí.

—Así que eso es lo que te preocupa, ¿eh? Una nariz y un par de costillas rotas sí te preocuparán como no te metas en tus propios asuntos.

Eché un vistazo con los ojos entrecerrados a la calle, donde los árboles que bordeaban el camino de tierra brillaban con tonos verdes y dorados bajo el sol, y a lo lejos vislumbré una sola figura a lomos de un caballo, reluciente y poco definida.

Di un paso hacia delante y, si había estado amable o de buen humor hasta entonces, desapareció esa actitud, casi por sí misma. Cuando hablé a continuación, mi voz sonó dura.

—Deja en paz a la chica, Tom Cobleigh, o no me haré responsable de mis acciones.

Los tres hombres se miraron entre sí. Del mismo modo que lo habían hecho mientras se lo pedía. Soltaron a la muchacha y

ella pareció casi aliviada de ponerse en cucullas, mientras apoyaba una mano en el suelo y nos miraba con ojos adormilados, sin duda ajena a todo lo que se estaba hablando en su nombre.

Entretanto yo miraba a los Cobleigh y consideraba mis probabilidades de ganar. ¿Alguna vez había luchado contra tres a la vez? Bueno, no. Porque si peleabas con tres a la vez, entonces, más que luchar, te daban una paliza. Pero «vamos, Edward Kenway», me dije para mis adentros. Sí, bien mirado, eran tres hombres, pero uno de ellos era Tom Cobleigh, que ya no era ningún chaval, puesto que rondaba la edad de mi padre. El otro era Seth Cobleigh, el hijo de Tom Cobleigh. Y si eres capaz de imaginar qué tipo de persona ayudaría a su padre a emborrachar a una joven, entonces puedes hacerte una idea de la clase de persona que era Seth, un gusano taimado que probablemente saldría huyendo de una pelea con los calzones mojados en vez de mantenerse firme. Y encima, estaban borrachos.

Por otro lado, yo también lo estaba. Además, contaban con Julian que, a juzgar por su aspecto, podía apañárselas solo.

Pero yo tenía otra idea. Ese jinete solitario que alcanzaba a ver a lo lejos. Si lograba entretener a los Cobleigh hasta que llegara, era probable que la balanza se inclinase a mi favor. Al fin y al cabo, si el jinete solitario tenía buen carácter, seguro que se detendría para ayudarme.

—Bien, Tom Cobleigh —dije—, tenéis ventaja sobre mí, eso lo puede ver cualquiera, pero ¿sabes? No sería capaz de volver a mirar a mi madre a los ojos sabiendo que he dejado que tú y tus amigotes raptéis a esa preciosidad.

Miré la calle y vi que el jinete estaba acercándose.

«Vamos —pensé—. No le esperes».

—Así que —continué—, aunque terminéis dejándome lleno de sangre a un lado del camino y consigáis llevaros a la muchachita de todas maneras, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ponéroslo lo más difícil posible. Y a lo mejor hasta os vais con un ojo morado y un buen dolor de huevos por las molestias.

Tom Cobleigh escupió y me miró entornando sus ojos arrugados.

—Eso es todo, ¿no? Bueno, ¿vas a quedarte ahí parado hablando de ello todo el día, o vas a cumplir con tu deber? Porque el tiempo es oro... —Sonrió con malicia—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Sí, es cierto, y cuanto más tiempo pase, más probabilidades hay de que la pobre muchacha recupere la sobriedad, ¿no?

—No me importa decirte que me estoy hartando de esta conversación, Kenway. —Se volvió hacia Julian—. ¿Y si le damos una lección a este cabroncete? Ah, y una cosa más antes de empezar, Kenway, no sirves ni para lustrar los zapatos de tu madre, ¿entiendes?

Eso me llegó al alma, he de reconocerlo. Que alguien como Tom Cobleigh, con la moral de un perro baboso y la mitad de su inteligencia, fuera capaz de llegar al alma como si mi culpabilidad fuese una herida abierta y luego meterte el dedo en la llaga para causar aún más dolor, bueno, sin duda fortaleció mi resolución, como mínimo.

Julian sacó pecho y se adelantó con un gruñido. A dos pasos de mí, levantó los puños, bajó el hombro derecho e intentó golpearme. No sé con quién estaba acostumbrado a pelearse fuera de las tabernas, pero seguro que tenían menos experiencia que yo, porque ya me había dado cuenta de que era diestro y no podría haber dejado más claras sus intenciones ni aunque lo hubiera intentado.

La tierra se levantó en una nube alrededor de mis pies mientras le esquivaba con facilidad y le propinaba un derechazo. Gritó de dolor cuando le di bajo la mandíbula. Y si hubiera estado él solo, habría ganado la batalla. Pero Tom Cobleigh ya estaba encima de mí. Lo vi por el rabillo del ojo y tardé demasiado en reaccionar. Lo siguiente que recuerdo es que unos nudillos me golpearon la sien y me dejaron aturdido.

Me tambaleé un poco mientras me daba la vuelta para atacar, y mis puños se movieron con más furia de lo que hubiera

querido. Esperaba poder asestar un golpe de suerte, ya que necesitaba al menos derribar a otro hombre para igualar la pelea. Pero ninguno de mis puñetazos alcanzó a Tom Cobleigh mientras este retrocedía; además, Julian se había recuperado de mi ataque a una velocidad alarmante y se abalanzaba sobre mí de nuevo.

Lanzó un derechazo que me dio en la barbilla y me hizo dar vueltas hasta casi perder el equilibrio. El sombrero salió volando, se me puso el pelo en la cara y me hallaba en un estado de gran confusión. ¿Y adivina quién empezó a darme patadas? El gusano de Seth Cobleigh, que animaba a gritos a su padre y a Julian al mismo tiempo. Ese cabronazo tuvo suerte. Su bota me alcanzó el estómago y, como ya había perdido el equilibrio, caí al suelo.

Lo peor que puede pasarte en una pelea es caerte. En cuanto te caes, se acabó. A través de sus piernas vi en la calle al jinete solitario, quien ahora era mi única oportunidad de salvación y probablemente de escapar con vida. Pero lo que vi hizo que me diera un vuelco el corazón. A lomos del caballo no iba un hombre, no se trataba de un comerciante dispuesto a bajarse de su montura para correr en mi ayuda. No, el jinete solitario era una mujer. Montaba en el caballo a horcajadas en vez de a mujeriegas, pero no cabía duda de que se trataba de una dama. Llevaba un sombrero y un vestido veraniego de colores claros, y lo último que pensé antes de que las botas de los Cobleigh taparan mi vista y una lluvia de patadas cayera sobre mí fue que era hermosa.

Pero ¿y qué? Su buen aspecto no iba a salvarme.

—Eh —oí—, vosotros tres. Dejad ahora mismo lo que estáis haciendo.

Se dieron la vuelta para mirarla y se quitaron el sombrero, colocándose en fila para que la mujer no me viera en el suelo, tosiendo.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber.

Por el sonido de su voz, supe que era joven y, aunque no era de alta alcurnia, sin duda era muy distinguida, demasiado para ir cabalgando sin compañía.

—Solo estábamos enseñándole a este joven algunos modales —respondió Tom Cobleigh con voz ronca, sin aliento.

Le había dejado exhausto darme patadas hasta casi matarme.

—Bueno, para eso no hacen falta tres hombres, ¿no? —replicó ella.

Ahora la veía, era el doble de hermosa de lo que había pensado al principio, mientras fulminaba con la mirada a los Cobleigh, que por su parte parecían muy avergonzados.

—Es más, ¿qué estáis haciendo con esta señorita?

Señaló a la muchacha, que seguía sentada en el suelo aturdida y embriagada.

—Ay, señora, le pido disculpas, señora, pero esta joven es una amiga nuestra que ha bebido demasiado.

El rostro de la dama se ensombreció.

—Esta joven no es vuestra amiga, desde luego, sino mi doncella, y si no la llevo a casa antes de que mi madre descubra que se ha fugado, pronto se quedará sin empleo.

Miró fijamente a cada uno de los hombres.

—Conozco a los hombres y creo que sé exactamente lo que ha pasado aquí. Ahora vais a dejar en paz al muchacho y a continuar vuestro camino antes de que decida llevar esto más lejos.

Con excesivas reverencias, los Cobleigh treparon a su carro y desaparecieron enseguida. Mientras tanto, la mujer desmontó y se arrodilló para hablarme. Había cambiado la voz. Ahora hablaba dulcemente. Oí preocupación.

—Me llamo Caroline Scott. Mi familia vive en Hawkins Lane, en Bristol. Deje que le lleve a mi casa para curarle las heridas.

—No puedo, mi señora —respondí, incorporándome y tratando de esbozar una sonrisa—. Tengo trabajo que hacer.

Ella se puso de pie y frunció el entrecejo.

—Entiendo. ¿He evaluado bien la situación?

Cogí mi sombrero y comencé a sacudirle el polvo. Ahora estaba incluso más estropeado.

—Sí, mi señora.

—Entonces le doy las gracias y también se lo agradecerá Rose cuando recobre la sobriedad. Es una chica de conducta descuidada y no siempre es fácil de tratar; sin embargo, no quiero verla sufrir por su impetuosidad.

En ese momento decidí que ella era un ángel y, mientras las ayudaba a montar, mientras Caroline sujetaba a Rose, que se apoyaba tambaleándose sobre el cuello del caballo, tuve un pensamiento repentino.

—¿Puedo volver a verla, mi señora? Para darle las gracias cuando tenga un aspecto un poco más presentable, quizá.

Me lanzó una mirada de pena.

—Me temo que mi padre no lo aprobaría —respondió, y, tras sacudir las riendas, se marchó.

Esa noche me senté bajo el tejado de paja de nuestra cabaña, contemplando los pastos alejados de la granja mientras el sol se ponía. Normalmente mis pensamientos se centraban en cómo escapar de mi futuro.

Pero esa noche pensé en Caroline. Caroline Scott de Hawkins Lane.